

Ensayo Soledad

Aurora Solís Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

¿La soledad es en verdad un laberinto?

Muchas veces pasamos desapercibidos muchos conceptos, a pesar de que los usamos en la cotidianidad. Uno de estos conceptos es la soledad. Más que una palabra, más aún que un sentimiento catalogado por muchas personas como "triste" o "depresivo", la soledad es un profundo estado anímico que padecemos de vez en cuando aquellas personas que tenemos un singular gusto por la introspección.

El término Soledad proviene de la palabra latina "solitas". Se trata de un sustantivo femenino que hace referencia a la carencia voluntaria o involuntaria de compañía; pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de una persona querida. Es definida también como un estado de aquél que vive lejos del mundo.

Sin embargo, para aquellas personas que tienen la costumbre de divagar un rato todas las noches antes de dormir, la soledad ha tomado diversos significados y algunas veces hasta rostros. Pero, habría que preguntarse: si la soledad es definida como un pesar causado por la ausencia, ¿qué es lo que nos hace falta?, ¿qué ha muerto, o más bien, qué hemos perdido?, ¿se nos habrá zafado algún tornillo?, ¿habrá fenecido alguna parte que solíamos tener dentro de nosotros mismos?, ¿es entonces dañina la soledad?

Pascal, un renombrado matemático, físico, filósofo y escritor de origen francés, (a quién por cierto se le atribuye la invención de la calculadora) dijo una vez que la infelicidad del hombre se basa solamente en una cosa: que es incapaz de quedarse quieto en su habitación.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con la soledad? La respuesta es que la soledad implica estar quieto, guardar silencio, reflexionar, pensar en la existencia de uno mismo. La soledad es inmensidad, encontrarse con uno mismo, lo cual, evidentemente, es imposible si uno no está, para empezar, solo.

Porque, cabe mencionar que "es imposible entrar en la soledad de otro. Solo podemos conocer un poco a otro ser humano, si es que esto es posible, en la medida en que él se quiera dar a conocer" (Auster, P. 1982).

Es entonces razonable sentirnos solos, al no poder siquiera adentrarnos en el interior de una persona, ya sea un amigo, o el ser amado. Es incluso difícil entendernos a nosotros mismos: "No puedo comprender todo lo que soy. Por lo tanto, esto significa que la mente es demasiado pequeña para contenerse a sí misma por completo. Pero ¿cuál es la parte que no puede

contenerse a sí misma?, ¿está fuera de ella, no adentro? Entonces, ¿cómo puede formar parte de la mente si no está contenida en su interior?”.

Es completamente natural sentirnos solos al no poder comprendernos los unos con los otros, así como a nosotros mismos, pero ¿todo esto será ocasionado porque no somos capaces de mantenernos quietos en nuestra habitación? Es decir que nos sentimos solos porque no hemos sido capaces de razonar sobre nuestra existencia. No nos hemos detenido por un momento para reflexionar sobre nuestra existencia: nuestra razón de ser y existir.

La soledad nos abre las puertas de par en par para conocernos y adentrarnos en nuestra existencia. Es por eso, que para adentrarnos más en el profundo concepto de la palabra soledad, es necesario que conozcamos la perspectiva filosófica.

Todo se dio después de la primera guerra mundial, en Alemania, el lugar donde floreció la corriente filosófica conocida como “Existencialismo”, la cual analiza la existencia humana de modo concreto. Esta corriente señala que el ser humano no “es” sino que “existe”, no tiene esencia, sino que tiene que construirla. Es a partir del nacimiento de esta corriente, cuando nacen conceptos tales como “individualidad” e “irrepetibilidad de cada existente”. Uno de los representantes más destacados del existencialismo, fue el filósofo alemán Heidegger, que creó el término *Dasein* que significa “ser ahí”, o bien “existencia”, para referirse al existente humano.

Según Heidegger, el *Dasein* tiene la capacidad de comprender su propio ser, y es por eso que no es un ser más. Este está arrojado al mundo, sin embargo, se proyecta hacia adelante, pues es un ser inacabado.

Pero como remarcaba anteriormente, para comprender nuestro propio ser, es necesaria la introspección, que se logra estando solos. Ahora la pregunta es la siguiente: ¿basta con quedarse quieto en una habitación? Y si esto fuera afirmativo ¿conocerse a sí mismo garantiza la felicidad?

A lo largo de la literatura, podemos encontrarnos con una infinidad de personajes que lucharon hasta el fin para poder encontrarse con ellos mismos. Un claro ejemplo de ellos fue Siddhartha, el joven brahmán que es el personaje principal de la famosa novela de Herman Hesse, cuyo título es el nombre del personaje ya nombrado.

Siddhartha se preguntó a sí mismo:

“¿Qué has querido aprender de las doctrinas y de los profesores? ¿Qué es lo que ellos no han podido enseñarte, a pesar de lo mucho que te han ilustrado?”

“Y se contestó:”

“Era el yo, cuyo sentido y carácter quería aprender. Era el yo, del cual me quería librar. Al que quería superar. Pero no lo conseguí, tan solo podía engañarlo, únicamente podía huir de él, esconderme. ¡Ciertamente, ninguna cosa del mundo me ha obsesionado tanto como éste mi yo, este enigma de vivir: que soy un individuo separado y aislado de todos los demás, que soy Siddhartha! ¡Y de ninguna otra cosa del mundo sé tan poco como de mí, de Siddhartha!”

Otro claro ejemplo es Antoine Roquentin, el personaje principal del libro de Jean Paul Sartre, *La Náusea*:

“Quizá sea imposible comprender el propio rostro. ¿Acaso es porque soy un hombre solo? Quienes viven en sociedad han aprendido a verse en los espejos, tal como los miran sus amigos. Yo no tengo amigos ¿será por eso que mi carne resulta tan desnuda? Sí, es como la naturaleza sin los hombres”.

Quizá muchos no han podido alcanzar esta ambiciosa meta, la de saber quién se es. Y es aquí donde retomamos la filosofía existencialista. No podemos captar plenamente quién se es, hasta que no se está acabado totalmente.

Como afirmaba Heidegger, el *Dasein* es un ser perfectible, por lo que a lo largo de su vida se desarrolla y cultiva su interior a su manera, sin embargo, no se puede captar su esencia hasta que ésta está terminada, y esto es solo posible desde el horizonte de la muerte; pero nos encontramos con una paradoja: al llegar a la muerte, dejamos de existir.

La existencia auténtica supone “correr al encuentro de la muerte”, lo cual consiste en asumir la muerte como la única posibilidad real para llegar a ser totalmente. Pero tal parece que el tema de la muerte está repleto de misticismo, y al menos en México tratamos de disimular esta angustia, con una celebración en particular: la del 2 de Noviembre, la cual consiste en celebrar a la muerte, así como también honrar a los difuntos. Sin embargo, esto no implica que no sintamos miedo por nuestra propia vida mortal.

A través de la historia surgieron diferentes puntos de vista sobre la muerte. Un claro ejemplo es la cultura maya, que refleja una concepción sagrada de la muerte, ya que no se le concebía como un suceso fatal, sino como un paso natural del ciclo de la vida que permite perpetuar la memoria y descendencia del difunto, aseveró el historiador Lázaro Tuz Chi. También los antiguos egipcios creían que la vida era un paso de tránsito hacia la muerte, donde continuaba a través de una nueva etapa en donde el ser humano renacería rejuvenecido y regenerado. Este proceso significaba un cambio constante en donde el hombre maduraba a

través del deterioro físico.

Por otro lado, para los budistas, la muerte no es más que un tránsito. Los actos positivos realizados a lo largo de nuestras vidas nos permitirán gozar de un karma favorable, los actos negativos inducirán un karma negativo. Renaceremos bajo una forma determinada por esta ley de causa y efecto.

Como remarcaba anteriormente, existe una pléyade de puntos de vista, sin embargo, como dijo Octavio Paz en su famoso libro *El Laberinto de la Soledad*, "La muerte es un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida. Frente a ella nuestra vida se dibuja e inmoviliza. Antes de desmoronarse y hundirse en la nada, se esculpe y vuelve forma inmutable: ya no cambiaremos sino para desaparecer. Nuestra muerte ilumina nuestra vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo nuestra vida. Por eso cuando alguien muere de manera violenta, solemos decir: "se lo buscó". La muerte es intransferible, como la vida. Si no morimos como vivimos es porque realmente no fue nuestra la vida que vivimos: no nos pertenecía como nos pertenece la mala suerte que nos mata. Dime cómo mueres y te diré quién eres."

"Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como lo es ahora para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa. La muerte no era el fin natural de la vida, sino una fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección eran estadios de un proceso cósmico, que se repetía insaciable. La vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento".

En la contraparte, tenemos a un famoso filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, del siglo XIX, Friedrich Wilhelm Nietzsche, quien propone que el hombre se haga a sí mismo, que se convierta en el superhombre; para ello debe tener la voluntad de poder dominarlo todo y no someterse a nada ni nadie. Ni siquiera a la muerte. "El superhombre es la afirmación enérgica de la vida y el creador y dueño de sí mismo y de su vida, es un espíritu libre."

Conforme a esta teoría, cada uno de nosotros es potencialmente Inteligencia Libre. Pero, en la medida en que somos animales, lo que nos importa es sobrevivir a toda costa. Para que la supervivencia biológica sea posible, la Inteligencia Libre tiene que ser regulada mediante una válvula reductora del cerebro y del sistema nervioso. Lo que sale por el otro extremo del conducto es un insignificante hilillo de esa clase de conciencia que nos ayudará a seguir con vida en la superficie de este planeta determinado, afirma Aldous Huxley, en su libro "Las puertas de la percepción".

Entonces, es cuando reflexionamos y percibimos el conjunto de existencias que está a nuestro alrededor cuando dejamos de parecernos a

los animales. No olvidemos que nunca hemos dejado de ser parte de la naturaleza. No por ser los únicos seres racionales dejamos de buscar la supervivencia. El ser humano, alterando el conocimiento que recopila de los objetos, ha dejado de reflexionar, ha dejado de sentir que efectivamente, todo está ligado con todo.

La definición del término "espíritu libre" puede tener múltiples interpretaciones según la ideología que cada uno de nosotros desempeñe.

"El hombre es libre, el hombre es libertad" –Jean Paul Sartre

Jalil Gibrán, en uno de sus libros más trascendentes, *El Loco*, escribe en la fábula con el mismo nombre: "En mi locura he hallado libertad y seguridad; la libertad de la soledad y la seguridad de no ser comprendido, pues quienes nos comprenden esclavizan una parte de nuestro ser."

Ser locos en este contexto, no significa padecer una patología psiquiátrica, sino que significa pensar profundamente, hasta llegar al núcleo de uno mismo. Morris West decía que uno es libre en un desierto, del cual no hay otra retirada que el camino hacia el núcleo de uno mismo.

Somos libres, porque podemos elegir entre estar solos por un momento, saltar de la cotidianidad hacia un espacio donde podamos estar tranquilos, buscar motivos para vivir, y llegar a ser algo mejor que uno mismo; o podemos elegir en cambio la vida en una perpetua compañía, una vida llena de ruido, sin momentos de paz y armonía y comunión con uno mismo, donde ni siquiera podemos conocer a los demás de una forma profunda.

Sin embargo, algunas personas no alcanzan a comprender lo que significa la reflexión y la comunión con uno mismo, y rechazan la meditación en soledad, porque les parece una falta a la solidaridad humana. En el libro "El existencialismo es un humanismo", Jean Paul Sartre explica punto por punto las malinterpretaciones que se han originado a raíz de la falta de comprensión al existencialismo.

"Los unos y los otros nos reprochan que hemos faltado a la solidaridad humana, que consideramos que el hombre está aislado, porque partimos de la subjetividad pura, por tanto del *yo pienso* cartesiano, y por tanto del momento en que el hombre se capta en su soledad, los que nos haría incapaces, en consecuencia, de volver a la solidaridad con los hombres que están fuera del yo, y que no puedo captar en el *cogito* (que significa pensar, imaginar, idear, o reflexionar)."

La explicación a este punto, o más bien, la contestación que Sartre hace ante este reproche es que el hombre empieza por ser nada, ya que posteriormente él se hace a sí mismo, y al asentar sobre él la responsabilidad total de su existencia, no solo significa que sea

responsable de su estricta individualidad, sino que es responsable de todos los hombres. "Cuando decimos que el hombre se elige, entendemos que cada uno de nosotros se elige, pero también queremos decir con esto que al elegirse elige a todos los hombres. No hay ninguno de nuestros actos que al crear al hombre que queremos ser, no cree al mismo tiempo una imagen del hombre tal como consideramos que debe ser."

Entonces, no debería existir ningún prejuicio sobre la soledad y la reflexión sobre uno mismo, ya que esto nos abre las puertas del conocimiento de nosotros mismos, y no solo esto, sino que proporciona una proyección de la persona que queremos ser; y al crear este objetivo, creamos una imagen a nuestros parecidos de lo que queremos para el mundo. Nuestro desarrollo como individuos marca una parte muy importante para nuestro entorno. La soledad entonces, no es sinónimo de egoísmo, sino que al contrario, nos ayuda a encontrar nuestro propósito, y con esto, nuestra aportación a la humanidad.

"Así, nuestra responsabilidad es mucho mayor de lo que podríamos suponer, porque compromete a la humanidad entera."

Retomando el tema de la libertad, "La razón humana no cesa nunca de tender hacia la libertad" (Immanuel Kant). El kantianismo se revela como una filosofía humanista, como una teoría de la libertad. Queremos la libertad por libertad, y al quererla descubrimos que depende enteramente de la libertad de los otros, y que la libertad de los otros depende de la nuestra.

Es por esto que la libertad debe ir de la mano con la responsabilidad. Ya hemos aclarado que somos seres individuales, y somos libres de elegir lo que sea, incluso decidir si queremos vivir inmersos en soledad, o no. Sin embargo tenemos que tener en cuenta que "el hombre es un ser en el cual la esencia está precedida por la existencia, que es un ser libre que no puede, en circunstancias diversas, sino querer su libertad, he reconocido que no puedo menos que querer la libertad de los otros. Así, en nombre de esta voluntad de libertad, implicada por la libertad misma, puedo formar juicios sobre los que tratan de ocultar la total gratuidad de su existencia y su total libertad" (Jean Paul Sartre).

A pesar de que no podamos comprendernos ampliamente entre las demás personas, debe existir un respeto hacia su filosofía de vida, ya que todos poseemos libertad. No se podría juzgar a los demás, porque no hay razón para preferir un pensamiento a otro. Queda claro entonces que, como en todo, debe existir un equilibrio, y ese equilibrio es la tolerancia, el respeto y la responsabilidad.

"El descubrimiento de mi intimidad me descubre al mismo tiempo el otro,

como una libertad colocada frente a mí.”

La soledad es un medio indispensable para cultivar la sensibilidad y lograr el desarrollo total del ser humano –y con esto, como se remarcaba antes, el desarrollo de la humanidad-. Uno tiene que saber lo que es estar solo, lo que es meditar, lo que es morir; y las implicaciones de la soledad, de la meditación, de la muerte, sólo pueden ser conocidas si uno las anhela.

Estas implicaciones no pueden ser enseñadas, tienen que ser aprendidas. Uno puede indicar, pero aprender a base de lo indicado no es experimentar la soledad o la meditación. Para experimentarlas, uno debe hallarse en un estado de investigación; sólo una mente que investiga es capaz de aprender. Pero cuando la investigación es suprimida por el conocimiento previo o por la autoridad y la experiencia de otro, el aprender se vuelve mera imitación, y la imitación hace que un ser humano repita lo aprendido sin vivirlo.

La enseñanza no consiste tan sólo en impartir información, sino que es el cultivo de una mente inquisitiva. Una mente así penetrará en el problema de lo que es la religión y no aceptará meramente las religiones establecidas, con sus templos y rituales. La verdadera religión es la búsqueda de Dios, de la verdad o como guste uno llamarlo, y no la simple aceptación de la creencia y el dogma.

Una considerable cantidad de personas, buscando alejarse de la soledad, se apoyan en la religión y gracias a esto nunca se sienten solos, pues cuentan con alguna presencia divina, lo cual es totalmente válido y reconfortante. En el caso del cristianismo, se basan en el libre albedrío que les otorgó su creador para considerarse espíritus libres, y nadie les niega que lo sean en verdad. Incluso la biblia incluye muchos pasajes que tocan el tema de la soledad, y cómo combatirla con la incondicional compañía de Dios:

“Aunque los montes se debiliten y las colinas se derrumben, mi misericordia no se apartará de ti. Mi pacto de paz será inmovible, ha dicho Jehová, quien tiene compasión de ti” (Isaías 54:10).

“No temas, porque yo estoy contigo. No tengas miedo, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré, y también te ayudaré. También te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:10).

“Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará.” (Deuteronomio 31:6)

Cada religión, cada corriente,-desde filosófica hasta literaria- cada ideología siempre abarca la soledad, porque es algo que ha perseguido al hombre desde aquel día en el que se tomó un tiempo, cerró la puerta de

su habitación, se sentó sobre su cama, miró hacia la ventana y se comenzó a formular interrogantes, que incluso hasta el día de hoy siguen en la incertidumbre.

¿Será que el hombre inventó la religión, concibió la idea de un ser omnipotente y omnipresente, simplemente para sacarse de la cabeza ese doloroso sentimiento de soledad? ¿Será entonces verdad que la religión es un mal necesario, como muchos dicen? ¿En verdad Dios creó al hombre? ¿O el hombre se vio en la necesidad de crear a Dios para sentirse amparado después de que se percató de la monumental situación de soledad en la que uno está inmerso?

Como remarcaba anteriormente, el término "espíritu libre", se presta para otras interpretaciones, como la que sugería Nietzsche: "el hombre es dueño de sí mismo, de su vida"; y según las ideas de Octavio Paz, de su muerte también.

En una de sus obras más trascendentes, el portador de las ideas de Nietzsche, Zaratustra, después de haber estado solitario en la montaña durante diez años, pensando y meditando; su sabiduría ha madurado y desea compartir su experiencia con los hombres.

Sin embargo, en su descenso de la montaña lo reconoce un ermitaño que había vivido mucho tiempo en el bosque al pie de la montaña, y recuerda haberlo visto hace mucho tiempo cuando Zaratustra decidió subir. El ermitaño trata de persuadir a Zaratustra para que no deje la montaña, diciendo que la gente es muy ingrata y distraída. Es mejor que no malgaste su tiempo con las personas. Es mejor ser un ermitaño, vivir en la selva con las aves y las bestias, olvidarse del mundo de los hombres y sencillamente venerar a Dios.

Responde Zaratustra alejándose del ermitaño y de sus oraciones en el bosque. Conforme continúa con su camino se pregunta: "¿Será posible que ese viejo santo en la espesura de la montaña no haya oído todavía que Dios ha muerto?".

Una primera y elemental aclaración es que cuando Nietzsche predica la muerte de Dios no quiere decir que Dios haya existido y después haya muerto, lo cual es un absurdo. Nietzsche nunca creyó en la existencia de Dios. Esta tesis señala simplemente que la creencia en Dios ha muerto. Podemos entender esta tesis nietzscheana si la comparamos con el punto de vista de Marx:

Ambos autores consideran que Dios no crea al hombre sino el hombre a Dios. Para Marx las dos razones principales de la invención del mundo religioso son: dar un consuelo a los hombres de la miseria, sufrimiento y soledad existente en este mundo, y ser un instrumento de la clase

dominante para el mejor control de la clase dominada.

Para Nietzsche, la creencia en Dios es una consecuencia de la vida decadente, de la vida incapaz de aceptar el mundo en su dimensión trágica; parece apelar a una motivación psicológica: la idea de Dios es un refugio para los que no pueden aceptar la vida.

Dios no es una entidad sino un lugar, una figura posible del pensamiento, representa lo Absoluto. Dios es la metáfora para expresar la realidad absoluta, la realidad que se presenta como la Verdad y el Bien, como el supuesto ámbito objetivo que puede servir de fundamento a la existencia por encontrarse más allá de ésta y darle un sentido. Todo aquello que sirve a los hombres para dar un sentido a la vida, pero que sin embargo se pone fuera de la vida, es semejante a Dios: la Naturaleza, el progreso, la revolución, la ciencia, tomadas como realidades absolutas son el análogo a Dios. Cuando Nietzsche declara que Dios ha muerto quiere indicar que los hombres viven desorientados, que ya no sirve el horizonte último en el que siempre se ha vivido, que no existe una luz que nos pueda guiar de modo pleno. Esta experiencia de la finitud, del sentirse sin remedio desorientado es necesaria para empezar un nuevo modo de vida.

Para Nietzsche con dicha "muerte" podemos vivir sin lo absoluto, en la "inocencia del devenir". De ahí que la muerte de Dios sea la condición para la aparición del superhombre.

¿Cómo podríamos darle un significado a la inocencia del devenir? Aceptar nuestra propia existencia, como un niño pequeño que no sabe lo que pasará mañana. Aceptar que estamos solos, que ni siquiera nuestra propia mente puede abarcarse a sí misma, que somos entes en constante cambio, y que vamos a estar completos hasta el último minuto de aliento en este mundo. Que solo podemos conocer a otro ser humano en la medida que este nos deje entrar a su mundo, y aceptar esto con una sonrisa, como un niño acepta que uno de sus juguetes se ha roto, aunque derrame algunas lágrimas al principio. Porque es así la vida.

"Aquí estoy, sentado entre mi hermana la montaña y mi hermana la mar. Los tres somos uno en nuestra soledad, el amor que nos une es profundo, fuerte y extraño. En realidad, este amor es más profundo que mi hermana la mar, más fuerte que mi hermana, la montaña y más extraño que lo insólito de mi locura" (Gibran, J. 1931).

Sigamos el camino que sigamos, la soledad siempre formará una parte importante en la formación de cualquier persona en cualquier parte del mundo. La soledad nos abre las puertas para entender nuestro entorno, aunque pensemos diferente, aunque creamos que nos conocemos completamente.

Podríamos afirmar que es una labor difícil saber de uno mismo. Nos encontramos de nuevo con la afirmación que hacía Auster. Efectivamente, es imposible entrar en la soledad de otro, así como también conocer del todo a otro ser humano. Es por esto que estamos rodeados por soledad, y no nos percatamos de esto.

Pero esto no es algo malo. La soledad ha creado una infinidad de poemas, canciones, pinturas, esculturas, libros, fotografía, y todas las expresiones del arte. Porque gracias a ella, sabemos que somos irrepetibles, y que nuestra percepción del mundo es diferente respecto a la percepción de los demás. Gracias a la soledad, ha nacido un apasionado deseo por expresarle a las personas con las que compartimos el mundo, lo que sentimos, aunque no puedan captar nuestro mensaje, o al menos no del todo.

“Cada libro es una imagen de soledad. Es un objeto tangible que uno puede levantar, apoyar, abrir y cerrar, y sus palabras representan muchos meses, cuando no muchos años de la soledad de un hombre, de modo que con cada libro que uno lee puede decirse a sí mismo que está enfrentándose a una partícula de esa soledad. Un hombre se sienta solo en una habitación y escribe. El libro puede hablar de soledad o compañía, pero siempre es necesariamente un producto de la soledad” (Auster, P. 1982).

O como la famosa canción de Gilbert O’Sullivan, Alone Again (Naturally) – que en español significa “Solo otra vez, naturalmente”-.

“En un poco de tiempo,

Si no me siento menos amargado

Me prometo a mí mismo

Visitar una torre próxima,

Y escalando a la cima me lanzaré.

El pensar que justo ayer

Yo estaba feliz, brillante y contento

Mirando hacia adelante sin hacer

El papel que estaba a punto de interpretar.

Pero como si viniera a golpearme

Realmente me llegó

Y sin mucho, simplemente un roce

Me cortó en pequeñas pedazos

Dejándome en la duda

Hablando de dios y su misericordia

O si él realmente existe

¿Por qué él me abandonó cuando lo necesité?

De verdad estoy solo otra vez, naturalmente

Me parece que por ahí hay más corazones

Rotos en el mundo que no pueden ser reparados

Abandonados sin atender

¿Qué podemos hacer?

Solo otra vez, naturalmente

Ahora mirando atrás

Y cualquier otra cosa aparece

Recuerdo que lloré cuando mi padre murió

Sin el deseo de ocultar mis lágrimas

Y a los 65 años

Mi madre, dios guarde su alma,

No entendía por qué el único hombre

Que ella había amado, había sido llevado

Dejándola para empezar con su corazón gravemente roto

Aparte de mis palabras de aliento

Ninguna más se habló

Y cuando ella murió

Lloré y lloré todo el día

Solo otra vez, naturalmente.”

Pero, en realidad ¿qué quería decirnos Gilbert O’Sullivan con esta canción –que a simple vista parece muy triste? Para empezar, no podríamos saberlo con certeza, ya que como mencionaba antes, no podemos conocer a otro ser humano completamente, sino que solo hasta el punto que este nos deje entrar en su pensamiento.

Personalmente, esta canción es de mis favoritas porque nos habla de la vida real: de todos los problemas en los que podemos vernos inmersos en algún determinado momento de nuestra vida, pero no solo eso, sino que, luchando por sentirse mejor, el cantante se consuela con que existen más corazones rotos en el mundo, y que estas personas también luchan por sentirse mejor. Pero ¿cómo podemos lograr eso?

Como remarcaba antes, las personas deberían aprender a ser capaces de estar en su habitación, quietos, pensando, conociéndose e intentando resolver sus problemas poco a poco. No importa si se basan en la palabra de Dios, o en lo que pensaban los existencialistas, o si profesan el budismo, o el islamismo. La soledad siempre nos será de utilidad para tranquilizarnos y tener un espacio con nosotros mismos.

Este ensayo no exhorta a las personas a construir una choza en una montaña alejada, ser ermitaños y guardar un profundo sentimiento de repugnancia a la humanidad, sino que nos invita a detenernos, alejarse un rato de un problema y reflexionar qué fue lo que lo originó; dejar a un lado algunas actividades, o incluso cuando se esté en cama antes de dormir. La esencia del ser humano es algo difícil de captar, y solo podemos lograrlo con momentos de reflexión.

La soledad nos ayuda a comprender muchas cosas, y después de conocernos a nosotros mismos, una vez arriba uno al núcleo de su propio ser, y no solo eso, sino que se ama verdaderamente, y sin fijarse en lo que uno ve a través de un espejo, la vida se disfruta más y podemos gozar de una buena compañía, de amigos verdaderos, conocer el amor, comprender por qué ocurren determinadas cosas, y sobre todo, admirar y estar satisfechos de nuestra existencia cuando llegue el momento de irse de este plano existencial.